

recuerden las cosas»; «No es bueno ser amables con los niños», son frases pronunciadas por la despótica directora Trunchbull, que sin duda le serían familiares al autor, víctima en su infancia de los métodos pedagógicos represivos tan comunes en los internados ingleses. En *Boy*,¹¹ la primera parte de su autobiografía, quedan irónicamente plasmadas sus experiencias escolares, que luego recrearía en libros como *Matilda* o *Danny, campeón del mundo*. Basta comparar textos de *Boy* y de *Danny* —véanse Anexos 1 y 2— para darse cuenta de cuál era su preocupación por estos temas y de cómo estas vivencias negativas le marcaron profundamente, y de cómo se opuso a ellas.

Escribir para niños

Pero en el emblemático libro de *Matilda* hay más. El genial autor da pautas —a través de la protagonista, precoz lectora— sobre cómo debe ser el arte de escribir para niños, de las tres condiciones que debe reunir un li-



Dahl fotografiado en Haifa en 1941, cuando era piloto de la RAF.

ANEXO 2

Danny, campeón del mundo

¡Oh, qué dolor tan desgarrador y ardiente traspasaba mi mano! ¿Por qué no se me pasaba? Miré a Sidney. Estaba haciendo lo mismo que yo, estrujando su mano entre las piernas y poniendo la misma cara de tremendo dolor.

¡Id a vuestros puestos, los dos! —ordenó el capitán Lancaster.

Fuimos tambaleándonos hasta nuestros pupitres y nos sentamos.

—¡Ahora seguid con vuestro trabajo! —dijo la temible voz—; ¡Y que no haya más trampas! ¡Ni más insolencia!

La clase inclinó la cabeza sobre los libros como si estuvieran rezando en la iglesia.

Me miré la mano. Había una larga y fea marca, de unos dos centímetros de ancho, que cruzaba la palma por el punto donde se une con los dedos. Estaba hinchada en el centro; la parte inflamada estaba blanquísima y a los lados muy colorada. Moví los dedos. Los podía mover bien, pero me dolía al hacerlo. Miré a Sidney. Él me lanzó una rápida mirada de disculpa con los párpados bajos, luego continuó con sus multiplicaciones.

Cuando volví a casa esa tarde, mi padre estaba en el taller.

—He comprado las pasas —me dijo—. Ahora las pondremos en remojo. Tráeme un cuenco con agua, Danny.

Fui al carrozato, cogí un cuenco y lo llené de agua. Lo llevé al taller y lo puse sobre la mesa de trabajo.

—Abre los paquetes y échalos enteros —dijo mi padre.

Ésta era una de las cosas que más me gustaban de él. No quería hacerlo todo él mismo. Tanto si era un trabajo difícil, por ejemplo,



Retrato de Dahl realizado por Quentin Blake.

ajustar un carburador en un motor grande, como si se trataba simplemente de echar unas pasas en un cuenco, siempre me dejaba que lo hiciera yo mientras él me miraba, dispuesto a ayudar. Ahora estaba observándome mientras yo abría el primer paquete de pasas.

—¡Eh! —gritó, agarrándose por la muñeca izquierda—. ¿Qué te ha pasado en la mano?

—No es nada —dije, al tiempo que cerraba el puño.

Me hizo abrir la mano. La larga marca roja que cruzaba la palma parecía una quemadura.

—¿Quién te ha hecho eso? —gritó—. ¿Fue el capitán Lancaster?

—Sí, papá, pero no es nada.

—¿Qué sucedió? —Me sostenía la muñeca con tal fuerza que casi me hacía daño—. Dime exactamente lo que sucedió.

Se lo conté todo. Él me apretaba la muñeca, mientras su cara se iba poniendo cada vez más blanca, y yo noté que hervía de furia en su interior.

—¡Le mataré! —murmuró cuando yo terminé de hablar—. ¡Juro que le mataré!

Sus ojos llameaban y su rostro estaba lívido. Nunca le había visto así antes.

—Olvídalo, papá.

—¡No lo olvidaré! Tú no habías hecho nada malo y él no tenía el menor derecho a hacerte esto. Así que te llamó tramposo, ¿no?

Asentí con la cabeza.

Él había cogido su chaqueta de la percha y se la estaba poniendo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—Voy a casa del capitán Lancaster a darle una paliza.